

imploró con confianza el socorro de la Santísima Virgen, y luego sintió desembarazarse sus brazos, y contra toda esperanza llegó á salir de aquel abismo, dejando en él su caballo; mas los aldeanos de aquel lugar, acudieron á socorrerle y lo sacaron haciéndole tirar por cuatro bueyes. Algunos años despues acabó de verificar Paulo V. la prediccion de nuestro santo, elevando á aquel sacerdote á la dignidad episcopal.

CAPITULO XXVIII.

Continuacion del mismo asunto.

UN dia que el cuarto de nuestro santo estaba lleno de jóvenes, salió fuera con Pedro Aldobrandini, y le dijo: “Id á decir á vuestros amigos las palabras siguientes: Me manda el padre Felipe, que os diga que he de llegar á ser cardenal, y que entónces no entrareis en mi ca-

sa como os dé la gana.” Este mandato lo hizo avergonzar y le pareció muy penoso; pero acostumbrado á obedecer en todo á nuestro santo, lo cumplió al pié de la letra. No tardó en cumplirse aquella profecía, porque á poco tiempo murió el papa Inocencio, y le sucedió el cardenal Hipolito Aldobrandini, quien hizo vestir la púrpura á su sobrino.

El general Aldobrandini, en una vez que visitó al santo, vió colgadas de la pared de su cuarto, dos pinturas en papel que representaban las insignias de los cardenales, y una calavera en medio de aquellas dos alegorías. Sospechó que en aquello se encerraba algun misterio, y rogó á Felipe se lo esplicase. Excusóse al principio; pero fueron tales las instancias del general, que al fin hubo de ceder, y le dijo riéndose: “Soy tan loco que se me ha puesto en la cabeza, que despues de mi muerte nuestra congregacion ha de dar á la Iglesia dos cardenales.” Verificóse esta profecía á los tres años de haber sido vaticinada; porque apenas habian transcurrido tres meses despues de la muerte del santo, cuando Tarugi y Baronio fueron condecorados con la púrpura cardenalicia. Felipe anunció á sus amigos este acontecimiento, como cosa cierta, mas de veinte años antes de que se verificase, y esto dió lugar á un incidente que merece referirse. Hablaba un dia de los talentos de Baronio, al padre Nerio de la compañía de Jesus, quien estaba al tanto

del alto mérito del sugeto, y dijo á Felipe que acaso aquel discípulo suyo, llegaría á ser algun dia papa. “No, respondió el santo, no llegará hasta allá.” El jesuita no echó en olvido estas palabras; y por lo mismo, cuando despues de la muerte de Clemente VIII, supo que se trataba de elegir pontífice á Baronio, dijo con mucha seguridad: “Eso no puede ser; ya Felipe lo predijo.”

El cardenal Pamphili, se complacia en contar la anécdota siguiente. “Yendo yo un dia á casa del bienaventurado padre á confesarme, me dijo: Vos deseariais ser cardenal ¿no es verdad?---Jamás he tenido, le contesté, pensamiento tan atrevido.---Pero á pesar de eso, repuso el santo, vos lo habeis de ser.---Y ¿quién, padre mio, le dije, será el Pontífice que quiera echar sobre su conciencia tal nombramiento?---El me respondió: yo repito que sereis cardenal. Yo ni lo creí ni volví á pensar en ello: y sin embargo, el Papa me elevó á este honor, sin mérito alguno mio, y estoy persuadido que todo lo debo á las oraciones del santo.”

“Recien ordenado, decía el cardenal de Búballo, no cesaba el santo de decirme que algun dia habia yo de ser canónigo de la basílica del Vaticano: y yo me reia de esta prediccion, á la que no daba ningun crédito; y una vez le dije: pero, padre mio, ¿cómo podrá ser esto? jamás me ha visto el papa y ni aun sabe que haya tal hombre entre los vivientes.---Tened paciencia, replicó, y ya

vereis cómo sucede tal cual os lo he dicho. Despues de reirme mucho, me despedí de él, mas incredulo que nunca. Sin embargo, algunos meses despues, me mandó llamar el cardenal-Aldobrandini, y me dijo que el soberano Pontífice acababa de elevarme á esta dignidad. Corrí lleno de gozo á ver al padre, y le dí parte de mi nombramiento.---Eso es poca cosa, me dijo, en comparacion de lo que os reserva, porque os ha de hacer cardenal. Yo no pude creerlo: tan alto favor me parecia imposible. Mas adelante caí enfermo en Francia, y mi hermana le llevó la noticia al santo y le comunicó los temores que tenia por mi vida; pero el buen padre la consoló, diciéndole, que yo no moriria sino despues de ser cardenal. Despues de esto ¿quién podrá poner en duda el que este hombre extraordinario recibió el espíritu de profecía?”

Igual testimonio le tributaba el cardenal Dietricstain. “Siendo yo aún jóven, decía, y camarero del papa Clemente VIII, me llevó un dia el cardenal Aldobrandini á visitar al bienaventurado padre. Aquel anciano venerable, despues de haberme visto, me hizo pasar á una pieza interior, y me puso en la cabeza un virrete viejo encarnano, diciendo al mismo tiempo ¡oh que guapo cardenal! Yo que no conocía entónces ni la santidad de este buen padre, ni su don de profecía, me incomodé interiormente juzgando que se burlaba de mí; pero me cayé en atencion á su vejez.

Sin embargo, el acontecimiento vino muy pronto á verificar la profecía, y á condenar mi incredulidad. Me avergoncé entónces del sentimiento irrespetuoso que experimenté, respecto del siervo de Dios, y ahora no puedo ménos que pedir perdon con todas las veras de mi alma, á su respetable memoria.”

Siempre que se trataba de elegir soberano Pontífice, sabia ya con anticipacion nuestro santo, quién habia de ser el electo. Durante el cónclave que se verificó por muerte de Pio IV, salió un dia del Oratorio con algunos de sus discípulos, y levantó los ojos al cielo, diciendo: “Para el lunes próximo tendremos papa.” Oyó esto Marcelo Ferri, y pensó que ya el santo sabia quién debia obtener aquella suprema dignidad; y de aquí es que se propuso preguntárselo para salir de dudas. En efecto, se paseaba solo con él por la ciudad en la mañana siguiente, y le rogó le dijese en lo amistoso, quién reuniría los votos del cónclave. “El cardenal Alejandrino, le respondió el santo; y esta eleccion se verificará precisamente el lunes en la tarde.” La prediccion se cumplió al pié de la letra.

Muerto San Pio V, preguntó á Felipe el mismo Marcelo, quién sería su sucesor. “¿A quién designa la opinion pública?” le dijo Felipe.—Al cardenal Moron, respondió Marcelo.—“No será él, repuso el padre; la eleccion recaerá en el cardenal Buoncompagno.” En efecto, este fué el electo, y tomó el nombre de Gregoio XIII.

Despues del fallecimiento del papa Sixto V, vino á visitar á nuestro santo el cardenal Sfondrato, en cuya presencia hizo reunir Felipe á muchos de sus discípulos, y les mandó que le besasen los pies. Tuvo en seguida una conversacion particular con él, y en ella le anunció su próxima eleccion. El dia siguiente vino este prelado á la iglesia del Oratorio, y uno de los padres fué á decírselo á nuestro santo. “Sabed, respondió Felipe, que este cardenal va á ser papa.” Lo fué en efecto, y tomó el nombre de Gregorio XIV. No ignoró tampoco Felipe quién sería su sucesor, y con cuatro meses de anticipacion, predijo la eleccion del cardenal Aldobrandini, así como el nombre que habia de tomar.

Siendo aun secular Alejandro de Médicis, y embajador del gran duque de Etruria cerca de su santidad, le dijo un dia Felipe en confianza: “Vos sereis cardenal, y despues os sentareis en la silla de Pedro; pero permanecereis en ella poco tiempo.” Gerónimo Ghtetti, religioso Agustino, refirió este hecho predicando un panegírico de nuestro santo, y aseguró habérselo oido al mismo papa: y Gregorio XV, á quien se hablaba un dia de este testimonio, añadió el suyo diciendo: Era yo auditor de la rota á la subida al trono pontificio de Leon XI; fuimos en cuerpo á besarle los piés, y nos dijo entre otras cosas, que su pontificado sería corto, porque sabia que habia de morir muy presto.” Por lo demas, Felipe no hablaba de es-

tas cosas á todo el mundo, sino á sus mas familiares discípulos, á quienes cuidaba de aconsejar no se creyesen de sueños y revelaciones inútiles, que no son por lo comun mas que ilusiones del espíritu engañador.

Este santo hombre habia recibido tambien del cielo el don de ver lo que pasaba en su ausencia, lo mismo que en su presencia. Entraba á su cuarto Baronio un domingo por la mañana temprano, con el objeto de que lo confesara, y le dijo: "Id al momento al hospital del Espíritu Santo á visitar á los enfermos."—"Es demasiado temprano, padre mio, replicó Baronio, y aun estarán todos durmiendo."—"Haced lo que os digo, repuso Felipe, y hacedlo con prontitud." Partió al momento Baronio, y en una de las salas del hospital encontró á un enfermo que estaba acabando; lo confesó, le administró los últimos sacramentos, y apenas habia acabado estos oficios cuando espiró. Al volver á casa dió cuenta de este suceso á nuestro santo, quien le dijo: "Aprended de aquí á obedecer siempre sin contradiccion. "Vino Tarugi á confesarse en otra ocasion, y el padre le dijo: "Hace mucho tiempo que no vais á ver á tal señora. Lo he sentido mucho, y por lo mismo id á verla ahora mismo, y mañana os confesaré." Aquella muger, á quien estimaba mucho Felipe por sus virtudes, estaba al morir cuando Tarugi llegó á su casa, y no tuvo mas tiempo de vida que el preciso para recibir los sacramentos.

Igual servicio prestó el santo á un oficial cuyo estado desesperado, solo pudo saber de un modo sobrenatural.

Volvía un dia para el Oratorio, Antonio Fantino, y desde un balcon lo bañó completamente una muger con una gran cantidad de agua. Indignóse con este insulto, pero no obstante calló, temeroso de indisponerse para confesarse. Luego que llegó al cuarto del padre, le refirió éste lo que le habia sucedido y le reprendió severamente por el movimiento de cólera que no reprimió completamente. Fantino se quedó mudo de admiracion viendo por lo que presenciaba, el don de profecía que habia recibido el santo padre.

Atravesaba éste una vez la ciudad para ir al campo en compañía de muchos de sus hijos espirituales: y al llegar al campo de Flora, experimentó un movimiento extático, y al momento se puso la mano sobre los ojos, y llamando á su fiel Marcelo, le dijo: "¿A qué hombres habeis dado alojamiento en vuestra casa? A unos hombres bien nacidos, respondió, y de un trato muy agradable."—"Tened mucho cuidado, replicó el santo, están maquinando en este momento un asesinato. Espantado Marcelo, se volvió á su casa, llegó felizmente á descubrir sus intenciones, y con su prudencia logró remediarlo todo.

Tuvo una tarde Pablo Recuperati una conversacion secreta con un amigo suyo; y á la mañana siguiente vino á ver al santo, quien le refirió palá-

bra por palabra cuanto habia pasado entre él y su amigo. Aunque él sabia muy bien que este no era conocido de Felipe, creyó sin embargo que talvez la habria contado á algun otro que habria venido á referírsela. Para salir de dudas fué á informarse de su amigo, quien le protestó formalmente que no habia confiado aquel secreto á nadie: y entónces no le cupo duda que el santo lo habia sabido por revelacion.

Mucio Achillé tuvo en su juventud por director de su conciencia al siervo de Dios, y se habia hecho bajo su direccion, un hombre espiritual. Se volvió á su pátria y allí se descuidó en velar sobre su amor propio y este pérfido enemigo lo puso en un camino de ilusion. Por fortuna suya recibió una carta del santo en la que le avisaba los peligros de su estado, y le encargaba mucho mudarse de vida. Su lectura hizo en su espíritu todo el efecto que era de desearse, porque Mucio se persuadió enteramente que su antiguo director no habria podido saber las cosas que le reprendia, si el Cielo no se las hubiera revelado para su bien.

Recibió Juan Bautista Lamberti una carta de su padre, en la que le avisaba que acababa de morir en Messina un tio suyo, y que le habia constituido su heredero. En consecuencia, se dispuso el jóven para pasar á Cicilia á recoger aquella fortuna que era considerable; y la vispera de su viaje fué á ver al santo, para poner en su conoci-

miento lo que pasaba, y confesarse al mismo tiempo. “Yo os confesaré de muy buena gana, le contestó, pero renunciad al viaje de que me hablais, porque ireis de valde, á causa de que vuestro tio está en plena convalescencia, y no tardareis en recibir una carta amistosa suya acompañada de un regalo que os envia.” Dió crédito Juan á las palabras de su confesor, y ocho dias despues recibió la carta y el presente de que el santo le habia hablado. Fué al momento á darle cuenta de esto, y mirándole Felipe con ojos severos, le dijo: “Quiero que esto quede sepultado en el mas profundo silencio.” Lamberti obsequió la orden de su confesor mientras vivió y no reveló esta prediccion hasta despues de su muerte.

José Marsi tuvo noticias de la muerte de su madre, y fué luego á ver al santo para encomendarla á sus oraciones; pero era tal su dolor, que no le fué posible articular una sola palabra. “Hijo mio, le dijo Felipe, lo que os han escrito no es mas que una falsedad: vuestra madre está buena.” A pocos dias le remitió la Señora una carta escrita por ella misma.

Supo una mañana Julio Savera la muerte de su madre, antes de tener noticia siquiera que hubiera estado enferma, y al momento se fué á confesar con nuestro santo. Entró al cuarto del padre, triste y silencioso, y sin decirle nada, se arrojó para confesarse. Queriendo Felipe consolarlo, le dijo: “Regocijaos, hijo mio, y daos mil

parabienes; vuestra madre está en el cielo," Quedó admirado Julio, al oírle hablar de la muerte de su madre, la que no podía haber sabido sino por un conducto sobrenatural, quedando sumamente consolado por la seguridad que le daba de la salvacion de aquella á quien debía la vida.

Encargó un día Marcelo Vitelleschi, á uno de sus criados, llevase al santo dos vasos llenos de agua de flor de naranja. Por una torpeza del criado solo pudo llevar un solo vaso, á causa de haber roto el otro en el camino; y al recibirlo Felipe le dijo riéndose: "¿Y el otro os lo habreis bebido sin duda?" Quedó admirado el pobre hombre y le contó lo que le habia sucedido. De vuelta á casa, preguntó á su amo, si le habia dicho algo al santo del presente que iba á hacerle; y como la respuesta fué negativa, comprendió desde luego que lo habia sabido por revelacion.



CAPITULO XXIX.

Penetra Felipe los secretos de los corazones.



RECIBIO el siervo de Dios este don en un grado tan admirable, que nada se le ocultaba de la conducta de sus hijos espirituales. Cuanto decían, cuanto pensaban, cuanto bueno ó malo hacian, todo lo sabia y se los contaba á ellos mismos tal cual habia pasado. No podian dejar la oracion, ó disminuir el tiempo que debian emplear en ella, sin que él dejara de saberlo perfectísimamente: y le eran tan conocidas las conversaciones que habian tenido, como si él mismo las hubiera estado oyendo con sus propios oidos. Por lo mismo, aquellos á quienes su propia conciencia tenia algo que reprender, huian de su pre-